

IMPORTANCIA DE LA VISIÓN HUMANISTA PARA LA EMPRESA

Antonio Medrano
www.antonimedrano.net

Empresa y vida humana

La empresa, además de núcleo de la actividad económica, es centro de vida. Es un recinto social en el que se desenvuelve, y en nuestros días de manera predominante, la vida humana. Ocupa un lugar destacado en la vida de la sociedad y desempeña un papel de primer orden en la configuración de la existencia de los seres humanos. Es un dato sociológico sumamente significativo que en ella se desarrolla la mayor parte del vivir cotidiano de muchos seres humanos. Si exceptuamos las horas de sueño, la mayoría de la población pasa casi el 90 % de su jornada dentro de alguna empresa.

Pocas cosas tienen un impacto tan acusado en nuestras vidas como la actividad empresarial. Muchas de las vivencias que tejen nuestro diario vivir están relacionadas con la vida de la empresa, con sus problemas y sus sinsabores, con sus alegrías y sus ilusiones, con sus retos y las oportunidades que ofrece. En la empresa se establecen relaciones y contactos, se anudan amistades, se revelan aspectos insospechados del ser humano, se despliegan capacidades y cualidades valiosas. En la empresa conocemos a personas que de otro modo nunca habríamos conocido y que pueden llegar a tener una influencia decisiva en nuestra vida más íntima y personal. Más de uno (y de una) ha encontrado su media naranja en la empresa en la que trabaja o ha trabajado (es, sin ir más lejos, mi caso, y conozco otros muchos semejantes). En la actividad empresarial muchos hemos aprendido a vivir y a convivir. Dentro de una empresa están siempre formándose seres humanos, hombres y mujeres,.... o deformándose, deviniendo así en seres inhumanos.

Hay que tener en cuenta asimismo que lo que la empresa sea y cómo funcione, su modo de organizarse y de trabajar, su filosofía y su estilo, se reflejará en la vida de la sociedad dentro de la cual se inserta, tendrá una repercusión inmediata y directa en el ambiente social de una comunidad nacional. De la misma forma que se refleja en la empresa la manera de funcionar la sociedad a la cual sirve y dentro de la cual funciona. Cada sociedad tiene el tipo de empresa que merece, pero no es menos cierto que las empresas tendrán el tipo de sociedad que merezcan.

De todo esto se deduce la enorme importancia que tiene el crear en la empresa un ambiente humano, sano y cálido, favorable al desarrollo integral de la persona. Un clima, en suma, en el cual disminuyan el sufrimiento y el malestar de los seres humanos, al tiempo que aumentan su satisfacción y su bienestar. Los empresarios han de contribuir a hacer posible la felicidad no sólo de cuantos trabajan en esa comunidad económica que es la empresa, sino también de todos aquellos que con ella colaboran o se benefician de sus productos y servicios. Es tarea urgente en nuestros días renovar con sentido humano la vida empresarial. Humanizar la empresa, humanizar sus estructuras y su atmósfera, humanizar sus relaciones internas y externas constituye un imperativo capital en estos momentos de grave crisis por los que atravesamos.

La empresa puede ser un foco de humanidad, funcionando como una auténtica comunidad, haciendo posible una buena y fructífera convivencia, o, por el contrario, constituir un foco de inhumanidad, presentándose entonces más bien como un campo de concentración o un recinto en el que se hallan recluidos los condenados a trabajos forzados; esto es, como un lugar en el que los individuos se dejan la piel sin demasiado provecho y con indecibles padecimientos, como tantas veces comprobamos por desgracia.

Necesidad de una visión humanista

La estrecha conexión entre empresa y vida humana nos lleva a postular la necesidad de introducir una visión humanista en el mundo empresarial. No sería exagerado decir que el humanismo ha de ser el alma de la empresa para que ésta pueda cumplir su función social y funcionar de manera adecuada, contribuyendo así al bien común y a la realización de los seres humanos que en ella trabajan o con ella se relacionan.

Pero, antes de seguir adelante, habrá que aclarar lo que se entiende o ha de entenderse por “humanismo”, pues en este tema reina una gran confusión, designándose con el mismo nombre cosas muy diferentes e incluso opuestas. ¿Qué es y en qué consiste el humanismo? ¿A qué nos estamos refiriendo cuando hablamos de visión humanista?

El humanismo, tal y como aquí lo entendemos, es aquella visión del mundo y de la vida que parte de la importancia y alto valor del ser humano, contemplándolo en toda su integridad y con un sentido hondamente realista. El humanismo surge del asombro ante el misterio sagrado de lo humano; reposa sobre el respeto y la veneración que despierta el hombre en su doble calidad de cima de la Creación y síntesis de Cosmos (*microcosmos* o universo a pequeña escala) y de imagen de Dios, ser en cuyo interior brilla y late la chispa de la Divinidad (*microtheos* o dios en pequeño).

El humanismo sitúa, por tanto, en el centro de su interés y de su preocupación al hombre y a lo humano. Pone su punto de mira en el hombre, considerado en su esencial humanidad, en aquello que le hace humano. Se fija en el hombre individualmente considerado, como persona, como creatura única e irremplazable, y en el hombre contemplado en su realidad social, en las diversas agrupaciones que forma para desarrollar su existencia, y, en última instancia, como Humanidad, en cuanto conjunto constituido por la totalidad de los seres humanos.

El campo de la visión humanista se halla delimitado por el contenido que expresan dos sentencias, provenientes del mundo grecolatino, pero de origen mucho más remoto. La primera nos habla del valor del ser humano y de su primacía en la jerarquía de los seres: “el hombre es la medida de todas las cosas”. La segunda se refiere al ámbito del interés y preocupación del humanismo: “nada humano me es ajeno”.

Al humanismo le interesa el hombre entero, todo el hombre, el hombre en su integridad, sin descuidar ninguna de sus facultades, sin olvidar ningún aspecto de su existencia y sin desatender ninguna de las dimensiones de su ser. Llevado por su interés en el hombre, el humanismo centra además su atención en todo lo humano, en todo cuanto afecte al hombre, interesándose por sus diversas actividades vitales, y especialmente por las más nobles y elevadas, así como por los múltiples campos en que explaya y manifiesta su humanidad.

Auguste Etcheverry, en su obra “*Le conflict des humanismes*”, define el humanismo como la doctrina, actitud existencial o visión de la vida que centra toda su atención en “el problema del hombre, de su naturaleza, de su origen, de su destino y de su puesto en el mundo”. Según el autor francés, “el humanismo implica una alta estima de la naturaleza humana, unida a la ambición de realizar plenamente el tipo ideal”, esto es, la voluntad de alcanzar el tipo humano que puede considerarse como ideal de perfección. Por su parte, Michele Federico Sciacca destaca como esencia del humanismo la afirmación de la dignidad, la grandeza y la integridad del hombre, junto al deseo de favorecer su ascensión tanto material como intelectual y moral.

Para el filósofo brasileño João Evangelista Martins Terra, el humanismo es “una concepción metafísica y moral del hombre que implica la voluntad de ser perfectamente hombre y el arte de tender hacia este ideal”. El humanismo incluye sobre todo la noción de “crecimiento vertical”, quedando abarcado en él “todo esfuerzo histórico de la Humanidad para superarse”, en lo que no es sino “una traducción de su sed de Infinito”. No hay verdadero humanismo, añade Martins, sino aquel que está “abierto a lo Absoluto, reconociendo una vocación que expresa la idea exacta de lo que es la vida humana”,

El único humanismo válido y legítimo es el que sitúa al hombre en el lugar que le corresponde dentro del Orden universal; el que ahonda con mirada penetrante en la naturaleza humana; el que concibe al hombre y a lo humano de forma completa y total, de manera objetiva y realista, en su verdadera y profunda realidad, en su integridad, sin parcialidades, deformaciones, mistificaciones ni mutilaciones que falsifiquen o alteren su ser. Resulta, en tal sentido, aceptable la definición que del humanismo da Jacques Maritain, al señalar que “tiende a hacer al hombre más auténticamente humano

y a manifestar su grandeza originaria capacitándole para participar en todo lo que pueda enriquecerle en la naturaleza y la historia”, lo cual “exige que el hombre desarrolle sus facultades, sus energías creadoras y la vida de la razón y, al mismo tiempo, se afane por hacer de las fuerzas del mundo físico instrumentos de su libertad”.

Humanismo no significa otra cosa que cuidado y cultivo de lo humano; el respeto a la persona, a su dignidad, a su realidad espiritual y a su misión trascendente. El humanismo supone una cultura de los valores humanos, esto es, de todos aquellos valores que hacen posible la vida humana, que hacen que la vida sea realmente humana, digna de ser vivida, elevándola por encima del nivel bestial, inhumano e infrahumano en que se hunde cuando descuida o desconoce lo que constituye la esencia de la humanidad.

Este noble humanismo es algo de lo que estamos hoy urgentemente necesitados, y no sólo en la empresa. Hay en él una inyección de vida que el mundo actual necesita de forma imperiosa. La visión humanista es aún más necesaria en estos momentos de grave y honda crisis por los que atraviesa la Humanidad. En este mundo en el que avanzan de forma alarmante la despersonalización, la masificación y la deshumanización, y en el que se imponen con poderío creciente las corrientes antipersonales, esto es, aquellas que tienden a la anulación o destrucción de la persona, buscando minar la vida personal, con todo lo que a ella va unido: la intimidad, la decencia y el decoro, la dignidad y la libertad.

Verdadero y falso humanismo

En el apartado anterior he tratado de delimitar el significado y contenido del humanismo auténtico, profundo y legítimo. Es la acepción más valiosa y positiva que puede tener la palabra “humanismo”, que tanta importancia ha adquirido en los últimos tiempos y que, entendido en esos términos, constituye todo un resorte de esperanza para la Humanidad en estos tiempos convulsos, turbulentos e inhóspitos en los que se respira el ambiente caliginoso de un fin de ciclo.

Es, sin embargo, rechazable el término “humanismo” si con él se pretende propugnar una divinización o absolutización del ser humano, separándolo de su contexto cósmico, desarraigándolo de su origen divino y desfigurando su condición y naturaleza, de forma semejante a como ocurre con otros “ismos” en relación con el aspecto de la realidad al que cada uno de ellos se refiere. Concebido de este modo, el humanismo vendría a hacer con el hombre y con lo humano algo semejante a lo que el nacionalismo hace con la nación; el racismo, con la raza; el individualismo, con el individuo; el racionalismo, con la razón; el materialismo, con la materia; el vitalismo, con la vida; el activismo, con la acción (la actividad y el hacer humanos); el economicismo, con la economía; o el cientifismo, con la ciencia. Todos estos “ismos” incurren en el mismo error, en idéntica desviación: supervalorar de manera ilegítima una parcela de la realidad, en sí valiosa y legítima, para hacer de ella un ídolo, un valor absoluto y supremo, por encima incluso de aquello que le es superior, a lo cual está subordinado y que es lo que le da sentido.

Un humanismo individualista, inmanentista o materialista, que divinice al individuo humano en su dimensión puramente horizontal, desvinculado de la realidad trascendente, privado de su dimensión vertical, anulado en su esencia espiritual y sobrenatural, está en los antípodas de lo que debe ser la verdadera visión humanista. Al desfigurar y desvirtuar la realidad humana, al mutilarla o someterla a un reduccionismo empobrecedor, al separarla de su contexto cósmico y divino, no responde a las exigencias del humanismo integral, genuino y profundo, constituyendo en realidad un falso humanismo. Con su orientación egocéntrica y egolátrica, este tipo de humanismo o pseudohumanismo denigra al hombre, asfixiando la más profunda esencia de la naturaleza humana.

El portugués Leonardo Coimbra lo califica de “humanismo antropolátrico”, señalando que se trata de “una forma de humanismo que reduce el Universo a un integral referencia, subordinación y dependencia del hombre”, quedando éste “reducido a una voluntad-fuerza, a una exclusiva voluntad de dominio exhaustivo y conquistador”. El hombre de este humanismo descarriado, afirma el filósofo portugués, no es “el hombre real”, “el hombre auténtico”, “el hombre integral”, sino “un hombre incompleto”, que “vive lejos de Dios y en desarmonía con el Universo”.

Semejante humanismo separatista y absolutista resulta sumamente dañino: conduce a la destrucción de la Naturaleza, a la ruptura del delicado equilibrio del Orden cósmico, cuyas leyes no respeta, como comprobamos en la terrible crisis ecológica que sufre el mundo actual, y al mismo tiempo provoca la degradación y destrucción de la realidad humana, que forma parte de la realidad cósmica y natural. El efecto de semejantes concepciones no puede ser otro que un envilecimiento del hombre, que quedará rebajado al nivel de homúnculo u homínido civilizado y tecnificado. Como observaba Paul de Lagarde, el resultado de este tipo de humanismos no es “la humanidad” (*die Humanität*), una humanidad más libre, culta y próspera, con más alto nivel intelectual y moral, sino “la homunculidad” (*die Homunkulität*).

Se trata, por tanto, de un humanismo inhumano, antihumanista, que atenta contra la más genuina esencia de la humanidad. Cualquier error en la concepción o interpretación de la naturaleza humana se acaba pagando muy caro. La más mínima falsificación que introduzcamos al considerar al hombre y a lo humano acarrearán funestas consecuencias. Los resultados que la Humanidad ha cosechado en los últimos tiempos por la acción de este humanismo desvirtuado son una buena prueba de ello.

Resulta muy certera la distinción establecida por Etcheberry cuando contrapone el “humanismo abierto” al “humanismo cerrado”. El humanismo cerrado, como apunta el citado autor, encierra al hombre en sí mismo y lo separa de lo demás y de los demás. Lo separa tanto de la realidad, de la Creación, del Orden universal en el que debería insertarse de forma equilibrada y armónica, como del prójimo, del resto de los seres humanos, con los que debería hermanarse. Este tipo de humanismo, que podría también calificarse de absoluto y unilateral, y que suele presentarse bajo la forma de humanismo ateo o nihilista, tiende a dar un valor absoluto, desmedido y desproporcionado, a algún aspecto de la realidad humana (la razón, la libertad, la materia, la biología, el sexo), con lo cual lleva a cabo una fragmentación del ser humano, su *morcellement*, su desintegración y escisión interior. Como consecuencia de tan aberrante concepción, el hombre --apunta Etcheberry-- renuncia a estar disponible y se sitúa en el mundo oponiéndose al resto de la existencia universal.

Frente a tan empobrecedora tendencia, el humanismo abierto se nos presenta, en palabras de Etcheberry, como un “humanismo de desarrollo armonioso, humanismo de superación”. No sacrifica ninguna de nuestras facultades y tiende a satisfacer todas nuestras aspiraciones: “procura al alma una plenitud perfecta y le abre el camino de la felicidad”. El hombre no se basta a sí mismo, no tiene en sí la razón y la causa de su existencia, sino que está orientado hacia una realidad más alta, que es su fundamento, su origen y su fin. Como decía Berdiaeff, “el hombre únicamente es persona si es un espíritu libre que refleja al Ser supremo”. Por eso, concluye Etcheberry, “en la abertura a la trascendencia se encierra toda la dialéctica vital del humanismo”.

Habría que rescatar aquí la fórmula acuñada por el teólogo holandés Edward Schillebeeckx cuando propugna “el humanismo humilde” (*het deemoedige humanisme*), cuyo contenido se concreta en la lucha contra el pecado de la soberbia egocéntrica. Un humanismo asentado sobre un realismo integral, que no puede sino reconocer con humildad y sencillez el puesto del hombre en el Cosmos, frente al humanismo titánico y prometeico, alimentado por la *hybris* de la desmesura y la insolencia, que ignora la realidad y los límites de la propia naturaleza humana.

Hoy más que nunca, en estos tiempos de grave crisis que afecta a todos los órdenes de la existencia, es menester recuperar el sentido del verdadero humanismo. Así nos lo hace ver Josef Sellmair en su interesante libro “*Humanitas christiana*”, que contiene una completa historia del humanismo cristiano. Según el pensador alemán, vivimos en una época antihumanista o inhumanista (*unhumanistisch*), cada vez más hundidos en el materialismo y sufriendo un colapso intelectual, ético y existencial como nunca antes había sufrido la cultura occidental. De ahí la urgente necesidad de recuperar la visión humanista que vuelva a dar aliento a esta sociedad profundamente deshumanizada y desmoralizada. “Se trata hoy --dice Sellmair-- de salvar al hombre volviendo a dar forma a una existencia humanamente digna y dando nueva vida a los valores eternos de la *humánitas*”.

El humanismo como actitud ética y moral

Componente fundamental de la visión humanista es la ética, la actitud moral. El humanismo parte de la afirmación del ser humano como valor ético, se apoya en la concepción de la persona como entidad moral. No hay humanismo sin un sólido temple moral, sin un adecuado ambiente ético en el que se forje el carácter de la persona. Y quien dice ética, dice rectitud, virtud, bondad, probidad, honradez, decencia, entereza e integridad, esfuerzo por alcanzar la perfección. En suma, todo aquello que hace posible el vivir humano, que hace que la vida sea auténticamente humana y que fundamenta unas sanas y sólidas relaciones sociales.

La ética o la moral puede ser definida como el arte del buen vivir, el arte de la vida feliz, que es la vida buena, noble y saludable. Suele ser definida como la parte de la filosofía que trata de los deberes y obligaciones de ser humano, mostrándole el camino recto y enseñándole a hacer el bien. Y puede también conceptuarse como la ciencia y el arte de las relaciones humanas; pues el hombre es un ser de relaciones, una creatura relacional y relacionada. Ciencia por lo que tiene de saber y de conocimiento, ya que nos hace conocer lo que realmente nos conviene; y arte, porque lo que entraña de sabiduría práctica, de habilidad aplicada a la vida cotidiana. La ética es, en suma, la disciplina que nos permite acertar en la vida, haciendo así posible el logro de la felicidad y el pleno desarrollo de la persona humana. Fácil es deducir la importancia que todo esto tiene para la visión humanista tal y como la hemos definido.

El fin de la ética y la moral es la realización de los valores en la vida humana. Los valores espirituales, los grandes valores humanos que se resumen y tienen su cima en los tres valores supremos de la verdad, el bien y la belleza. Son estos tres valores esenciales los que dan contenido y sentido al humano vivir. Sin ellos la vida humana se empobrece y degrada, deja de ser humana para caer en la inhumanidad, descendiendo a niveles subhumanos o infrahumanos. La virtud de humanidad incluye todos esos valores: la veracidad y autenticidad del ser humano (su amor a la verdad), su bondad y su benevolencia, su sentido de la justicia, su belleza anímica, afectiva y caritativa.

Por lo que se refiere a la belleza, hoy día generalmente despreciada, caída en un considerable descrédito y desprestigio, hay que decir que comprende, entre otros muchos aspectos, varios que nos interesan aquí muy especialmente: la belleza intelectual y moral del ser humano, la belleza interior de la persona, la belleza de los actos humanos. Es la belleza o nobleza del alma que nos lleva a tener bellos gestos con los demás, a dar lo mejor de nosotros mismos y evitar “lo que está feo” (lo que está mal, lo que es injusto o incorrecto). Conviene añadir, por otra parte, que la belleza comprende la justicia, pues, como apuntara Théodore Jouffroy, la belleza supone armonía, proporción y equilibrio, y la justicia no es otra cosa que la armonía, la proporción y el equilibrio en los contactos e intercambios entre los seres humanos; o sea, la belleza en las relaciones sociales. La meta a alcanzar, aquello que la moralidad pretende conseguir, es la acción justa y recta, que no es otra que la acción verdadera, buena y bella, la única que puede hacer feliz al hombre, la única en la que puede encontrar pleno desarrollo su naturaleza humana.

La realización de los valores da a la vida un sentido ascendente, además de creador y liberador. La pérdida de los valores, por el contrario, lanza a la vida por una pendiente descendente, por la que se precipitará con velocidad crecientemente acelerada, sin que nada pueda detenerla, y como resultado de esa caída que no puede sino quedar sumirla en una atmósfera destructiva y esclavizadora. Sólo en la defensa y realización de los valores humanos pueden cumplirse las aspiraciones del humanismo. Sólo en un ambiente en el que los hombres se esfuerzan por plasmar en su existencia la verdad, el bien y la belleza podrá encontrar el humanismo el adecuado caldo de cultivo y su plena consumación.

En su opúsculo “*Qué es el humanismo*”, Michele Federico Sciacca señala que “la normalidad del hombre”, que es en definitiva lo que busca el verdadero humanismo, “exige la realización integral y siempre insuficiente de todos los valores”. Sin los valores, añade el filósofo italiano, no habría auténtica cultura humanista, argumentando su aseveración con el siguiente razonamiento: “el hombre es hombre por los valores que expresa, por la verdad, el bien y la belleza, que son las normas o formas del ser”. Y Auguste Etcheverry observa con acierto que el desarrollo completo del hombre no puede lograrse en un circuito cerrado: “para realizarse plenamente y alcanzar su talla adulta, necesita superarse y elevarse a la altura de la Verdad, de la Belleza y del Bien absolutos”.

Allí donde el hombre se distancie de la verdad, el bien y la belleza, los desprecie o les dé la espalda, se producirá inevitablemente una quiebra de lo humano; una situación, en suma, incompatible

con el humanismo. Sólo en la abertura hacia esos tres valores supremos, buscándolos y cultivándolos con esmero, puede crecer y consolidarse la visión humanista, con su actitud ética ante la vida. Para triunfar sobre el egoísmo, para poder vivir en una lealtad total consigo mismo y con los demás, condiciones básicas del humanismo, el hombre, como apunta Etcheverry, “ha de tender hacia un ideal trascendente, capaz de iluminar la inteligencia, arrastrar la voluntad y seducir el corazón”. Lo primero, iluminar la inteligencia, corresponde a la Verdad; lo segundo, mover o arrastrar la voluntad, al Bien; y lo último, seducir el corazón o la sensibilidad, a la Belleza.

El Padre F. Charmot nos ofrece la siguiente definición de lo que él llama “el Humanismo eterno”, del que forma parte el humanismo cristiano: “la realización en el hombre, por la irradiación de la Belleza, de los fines del mundo y de los fines humanos”. El humanismo eterno, agrega el jesuita francés, propone al hombre “sustituir la preocupación por las cosas por la preocupación por el alma”, gracias a lo cual “aprende a buscarse, a encontrarse como realidad interior y a estimarse según su ser de dentro”. La pregunta que se hace el hombre no es ya “¿cuál es el valor de las cosas y cómo poseerlas?”, sino “¿qué somos en nuestra propia esencia y cómo nos haremos perfectos?”. En definitiva, afirma Charmot, el humanismo nos impulsa a tender hacia el ideal que nos hacemos del hombre, hacia “todo aquello que da un precio inmortal a la vida humana”.

En esta visión ética ocupa lugar de primer orden el sentido de la responsabilidad. La visión humanista es ante todo una visión responsable. La persona de formación humanista se sabe responsable de todo cuanto hace, dice y piensa, de sus actitudes y comportamientos, de su misma manera de ser. Sabe que ha de responder ante Dios y ante los hombres, ante la sociedad y ante su propia conciencia de su entera actuación en la vida.

En estos momentos de crisis total, caracterizada por la pérdida de los valores, por la quiebra de la ética más elemental, el humanismo implica un rearme intelectual y moral. Introduce en nuestra vida un acicate para la renovación interior. Nos educa en la búsqueda de lo mejor, en la conquista esforzada de la excelencia. Cuando encauzamos nuestra vida por la senda de la cultura humanista descubrimos que todas nuestras acciones han de ir encaminadas al bien del prójimo y a nuestro propio bien personal.

La humanidad, virtud central

La virtud básica y central en esta actitud ética ante la vida que constituye la médula del humanismo es justamente la humanidad. “*La nobile umanità*” a que aludía en una de sus alocuciones el Papa Pío XII. Se trata de una virtud básica, nuclear y fontanal, en la que se expresa y realiza la naturaleza humana, en la que se concreta lo mejor y lo más propio del ser humano, su humanidad más pura y esencial, y que, por eso mismo, hace posible el entendimiento entre los hombres, asegurando una sana y fructífera convivencia.

Todos los diccionarios nos la presentan como sinónimo de bondad, benevolencia, buena voluntad, amabilidad, cortesía y civilidad. El DRAE nos da estas dos significaciones de la voz “humanidad”, entendida en la acepción en que aquí la usamos: “benignidad, mansedumbre, afabilidad”, y “sensibilidad, compasión de las desgracias de nuestros semejantes”. El diccionario francés de Littré la explica así: “sentimiento activo de benevolencia (*bienveillance*) por y para todos los hombres”. Y el diccionario italiano Zingarelli define la *umanità* en los siguientes términos: “complejo de elementos espirituales como la benevolencia, la comprensión, la generosidad y otros similares hacia los demás, que se consideran propios del hombre en cuanto ser social y civil”.

Es la antigua *humánitas* romana, virtud hecha de dignidad, clemencia, decoro, respeto, sentido del honor, civismo, espíritu de solidaridad y sentido de la responsabilidad. Otto Willmann señala que el verdadero significado de tal vocablo es “ennoblecimiento espiritual digno del hombre”, correspondiéndose en tal sentido con el concepto griego de *paideia*, en el que se cifra el ideal de la cultura helénica y que alude a la formación del hombre completo. Según Hans Günther, quien ve una estrecha correspondencia entre el ideal romano de la *humánitas* y el helénico de la *megalopsychía* (*mega* = grande; *psiche* = alma), en ambos conceptos se encierra una poderosa idea-fuerza conformadora de la vida. Tanto en una como en otra encontramos “una norma de alto y severo empeño civil”, siendo la *humánitas* ante todo “una meta y un ideal a alcanzar”, pues señala como misión al hombre el “encarnar

en sí mismo la nobleza de la estirpe humana”, lo cual exige “la victoria del ser humano sobre todo lo bajo e inferior que hay en él”. El filólogo italiano Niccolò Tommaseo calificaba a la virtud de la *umanità* de “llama celestial que vivifica, nutre e inflama a las almas grandes y escogidas”.

La *humánitas* se corresponde exactamente con la virtud que en la cultura china recibe el hombre de *jen* o *yen*, palabra cuyo significado es justamente “humanidad” y que suele también traducirse por benevolencia, cordialidad, afabilidad, altruismo, bondad o caridad. Confucio, resaltando la virtud del *jen* como característica principal del hombre “superior”, “sabio” o “noble”, afirma que dicha virtud consiste en el “amor al prójimo”. El *jen* ha sido definido como “el conjunto de virtudes humanas en que radica toda plenitud moral”, “el tronco, sin el cual todas las ideas morales son como las hojas de un árbol, sin la unidad de su cimiento” (A. Kung-Koan). Se trata de una virtud que aúna dos fuerzas tan poderosas como la sabiduría y el amor. Meng-Tse, destacado filósofo confuciano, considera a la voz *jen* equivalente a “corazón” o “mente humana”, y nos dice que “el hombre del *jen* ama a los demás”. En la caligrafía china la palabra *jen* es representada por un carácter formado por los signos “hombre” y “dos”, indicando con ello la aptitud para la convivencia, el vivir juntos en unión y armonía. “La virtud de humanidad (*jen*) es la que hace al hombre”, enseña Confucio. En opinión del gran filósofo chino, es esa virtud “lo que distingue al hombre de los demás seres”. Por eso, “un hombre sabio no ambiciona otro tesoro que la virtud de humanidad”.

La humanidad viene a ser la síntesis de todas las virtudes. En ella tienen su asiento todos los valores y las cualidades que hacen la grandeza humana. Significa integridad de lo humano, nobleza y magnanimidad, afabilidad y cordialidad, espíritu de comprensión, receptividad y apertura mental, elevación por encima de lo material y meramente natural, actitud de respeto y cortesía, espiritualidad hondamente vivida y proyectada creativamente a la realidad circundante. En tal sentido bien se puede afirmar que la humanidad es el humus en el que florece la vida noble, virtuosa, inteligente y buena; el buen fermento que nutre y afianza el espíritu cívico.

La humanidad que anime a los individuos y a los pueblos, la humanidad que éstos acierten a plasmar en sus instituciones y formas de vida, el grado de humanidad que encarnen las diversas culturas es lo único que puede garantizar el bienestar, la prosperidad y la supervivencia de la Humanidad, su articulación como una gran comunidad en la que se integren todos los pueblos, razas y culturas del mundo. De la mayor o menor humanidad que posean los dirigentes en un determinado momento histórico dependerá la buena o mala marcha de cualquier sociedad, de cualquier civilización y, en general, del género humano en su conjunto.

Si perdemos la humanidad, estamos perdidos. La pérdida de la *humánitas* es un mal irreparable que acarrea toda clase de males a la sociedad, la nación o la cultura que sufra tan lamentable carencia. La inhumanidad o la ausencia de humanidad es siempre fuente de graves conflictos y enfrentamientos, de arbitrariedad y violencia, de esclavitud y opresión.

Inteligencia y amor

La *humánitas* se asienta en dos pilares que son las dos grandes fuerzas con que cuenta el ser humano: la luz y el calor, la luminosidad intelectual y el fuego de la pasión. Luz y calor son, en definitiva, las dos fuerzas que sostienen la vida, cualquier forma de vida. Se trata de dos fuerzas positivas, creadoras, forjadoras de orden y unidad, que no son sino el reflejo o la proyección en el mundo creado, en la manifestación universal, de la Sabiduría y el Amor de Dios.

Decir “luz” es decir inteligencia, razón y racionalidad, lucidez, claridad mental, capacidad lógica, sensatez y cordura, conocimiento, sabiduría, visión correcta de las cosas, mirada penetrante en los entresijos de la realidad y capaz de captar las leyes que la rigen. Es el *Logos* que opera como *lux* y *lex* de la mente, como verbo luminoso y esclarecedor, como palabra-razón que crea comprensión y entendimiento entre los hombres. Hay que situar aquí la actitud racional y razonable, sabia, sagaz y prudente, que sabe iluminar la vida, que sabe descubrir los verdaderos sabores y significados de las cosas, así como su interconexión.

Y la palabra “calor” nos habla de amor, afectividad, bondad, cordialidad, calidez humana, ternura, compasión, simpatía y empatía, sentimientos y emociones nobles, pasión (poner pasión en lo que se

hace), entusiasmo creador, energía realizadora, fuerza anímica y espiritual, voluntad (buena voluntad y voluntad fuerte). Es, en otras palabras, la actitud ética, la moralidad, pero también el impulso erótico: el *Ethos* y el *Eros*. El *Ethos* que nos da la unidad, la autenticidad del ser, la potencia y la firmeza, la fuerza de carácter. Y el *Eros* que nos abre a la experiencia unitiva del amor y, con él, a los más altos y nobles placeres.

Nos movemos, pues, entre dos polos que son fuente de energía y de cuya correcta compenetración dependen la salud, el vigor, el equilibrio y la armonía del vivir humano: por un lado, el polo intelectual, y, por otro, el polo volitivo, emotivo y afectivo. La vida humana será normal y alcanzará la plenitud en la medida en que la persona logre desarrollar adecuadamente y coordinar bien ambos aspectos. En la conjunción de estos dos polos está el secreto de nuestra realización personal. Es la unión de ambas fuerzas, la intelectual y la volitivo-afectiva, lo que nos humana, lo que nos hace verdadera y profundamente humanos, haciéndonos crecer como personas.

“El alma del verdadero humanismo es el amor, la ilusión, la pasión o exaltación inspirada (*die Begeisterung*), y la capacidad de apasionarse que desemboca en el entusiasmo”, afirma Sellmair, quien subraya que es el amor el que nos lleva a apreciar el modelo, la imagen o idea ejemplar (*Vorbild*) que surge ante nuestros ojos, reconociéndolo como el ideal hacia el cual hemos de tender, la meta que tenemos que esforzarnos por alcanzar a toda costa. Pero este amor ha de estar, lógicamente, animado por una visión lúcida de las cosas, que vea la realidad tal cual es, de forma limpia, clara, objetiva, sabia y serena.

Sólo podemos realizarnos como seres humanos, relacionándonos de manera adecuada con los demás, si estamos movidos por el amor y actuamos siempre de manera inteligente, lógica y racional. Sólo manejando con destreza esas dos palancas de las que nos dota nuestra naturaleza humana, la sabia y la amorosa, podremos combatir eficazmente el sufrimiento de los seres humanos y ayudarles a gozar de una vida más feliz.

En palabras de F. Charmot, el humanismo eterno, aun valorando la inteligencia y la razón, pone por encima de ambas a la sabiduría, lo que es tanto como decir “el conocimiento de nosotros mismos, de nuestro destino y de nuestras relaciones esenciales”. Este es, según Charmot, el ideal humano que nos propone el humanismo auténtico: “sabiduría, amor, abnegación (*dévouement*), riqueza del alma, energía del carácter, potencia de acción”.

Como decía Ortega y Gasset, la misión del hombre es iluminar el mundo y la vida. Dicho con otras palabras: difundir en torno suyo luz y amor, verdad y bondad, para hacer retroceder las sombras amenazadoras de la ignorancia, la oscuridad, la falsedad y la maldad, y dar así a luz a una nueva realidad más luminosa y cálida, redimida del peso de lo negativo y caótico. “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo”, afirma Ortega en fórmula ya célebre y repetida hasta la saciedad. Para poder construirnos como seres humanos, tenemos que salvar nuestra circunstancia, la realidad que nos rodea, de la que formamos parte y que también forma parte de nuestro ser. Y salvarla quiere decir buscar su sentido, darle sentido y significado, proyectando sobre ella, con todo su potencial creativo, transformador y renovador, los dos resortes de la humanidad: la sabiduría y el amor.

No es posible una cultura humanista, como no es posible tampoco una vida auténticamente humana, allí donde imperan tendencias contrarias a esas dos fuerzas de vida que son la inteligencia y el amor: la ignorancia, la irracionalidad, la imbecilidad, la estupidez o la demencia, en el primer caso; el odio, el desamor, la enemistad, la maldad, la envidia, el rencor y el resentimiento, en el segundo. Todas estas tendencias hostiles a la inteligencia y el amor son potencias negativas, destructivas, contrarias al orden, que socavan la unidad y la armonía que debe reinar dentro de la persona y entre los seres humanos.

El odio y la irracionalidad no son compatibles con la virtud de humanidad ni, por tanto, con la visión humanista, pues son los peores enemigos de lo humano. Una inteligencia nublada por el odio, una mente ofuscada y fanatizada, un alma demagógica que no se interesa por la verdad y acostumbrada a manipular y deformar los hechos tienen por fuerza que arruinar cuanto de riqueza vital contiene la *humánitas*.

El cultivo de los valores y la actitud ética, asentados sobre esos dos pilares de la sabiduría y el amor, propicia no sólo la realización personal sino también el encuentro interpersonal, concretado en el diálogo entre un tú que habla y un yo que escucha, y viceversa (o también entre un yo que da y un tú

que recibe). Y ese encuentro dialogado confluye en un “nosotros” que es la cima del humanismo en su expresión colectiva. El “nosotros”, como indica Salvador Vergés, es el “símbolo de la unión fraternal de todos los hombres en el amor, que implica los bienes de la paz, de la justicia y de la libertad”. En ese “nosotros”, en el que tiene lugar “el encuentro de la persona consigo misma y con los demás”, las relaciones interhumanas están “transidas de verdad y bondad”, al ser el resultado del encuentro del hombre con Dios.

Este es, pues, el ideal del humanismo: la persona madura, cultivada, con una sólida y amplia cultura, con grandeza de miras, con alma grande y noble, que aspira a lo mejor para sí y para los demás, que piensa, siente y quiere con nobleza, y que, por eso mismo, está inclinada a la formación del “nosotros” comunitario. La persona que, con sentido profundamente realista, con inteligencia y con una mirada generosa y llena de amor, está dispuesta a emprender grandes empresas y es capaz de proponer proyectos sugestivos a los demás. La persona, en suma, que sabe vivir su vida como empresa, como proyecto, como aventura y misión a realizar, y que, por eso mismo, se lanza con entusiasmo a una acción transformadora del mundo, creativa, enriquecedora de la vida y forjadora de felicidad para el resto de los seres humanos.

El humanismo y la empresa

He aquí toda una serie de valores que deberían hacerse presentes en la vida de la empresa. Este humanismo integral, asentado en la virtud de humanidad, animado por la luz de la sabiduría y el fuego del amor, es el que ha de renovar la existencia del mundo empresarial en estos tiempos de zozobra y confusión, abriéndole el camino para el correcto desempeño de su función social.

El humanismo bien entendido, sólidamente concebido y fundamentado, ha de ser uno de los ejes de la empresa del futuro. Ha de ser su alma inspiradora, su savia vital. Señalemos, ya por lo pronto, que la visión humanista da prioridad a la persona sobre las cosas. Para ella lo fundamental y lo más valioso no son los objetos, las técnicas, los recursos o los medios empleados para vivir, sino el sujeto humano que se sirve de ellos y al cual deben servir en todo instante. Hay que dar vida a una empresa a la medida del hombre.

El peso de la economía o de la técnica no nos puede hacer perder de vista la alta misión de la empresa, que es la de servir al ser humano. Los avances tecnológicos no deben asfixiar ni relegar el factor humano, como tampoco deben hacerlo la preocupación por el beneficio, la productividad o el rendimiento. Hay que tener siempre en el punto de mira la humanidad de quienes en la empresa trabajan y de todos aquellos con los que la empresa se relaciona (socios, proveedores, clientes, vendedores, público en general). Tenemos que preocuparnos en todo instante de la dimensión humana tanto de la empresa como del contexto en que la empresa se mueve. Recuperar y restaurar lo humano ha de ser la consigna en estos tiempos tan agitados e inhóspitos en los que impera lo impersonal y lo inhumano. Redescubrir el valor de la condición humana y devolverle todo su protagonismo es el camino para afrontar la terrible crisis en la que nos encontramos.

Conviene tener presente que en toda empresa intervienen dos componentes fundamentales: cosas y personas. Una empresa no es, en definitiva, sino un conjunto de personas que trabajan en común con una serie de cosas para conseguir un resultado y alcanzar unos determinados fines. Esas cosas pueden ser de la índole más diversa, materiales o inmateriales: ideas, proyectos, inversiones, inmuebles, máquinas, técnicas, leyes, normas, datos, cifras, sistemas, procedimientos, canales de venta, etc.; pero siempre se trata de objetos que el hombre crea y maneja. Lo principal y prioritario es siempre la persona humana. Si esto se olvida, se corre el peligro, inevitable, de la reificación o cosificación del hombre: el tratar a las personas como si fueran cosas. Lo cual es algo inhumano, inadmisibile e insoportable; es un error y un desorden que nos llevaría a la barbarie, a una vida incivilizada, ocasionando numerosos y terribles males. Lo fundamental en una empresa es siempre el equipo humano; este es su más valioso capital, que ha de cuidar con esmero y en el cual ha de invertir continuamente, con decisión e inteligencia.

A la empresa se podría aplicar lo que Václav Havel, el Presidente de la República Checa, decía acerca de la política. El intelectual y político checo, como buen humanista, explica que para él la actividad política no es sino “una de las formas de buscar y lograr el sentido de la vida, una de las

maneras de proteger y de servir a este sentido”, apareciendo entonces “la política como servicio a la verdad, como preocupación por el prójimo, preocupación esencialmente humana, regulada por criterios humanos”. ¿No resulta extrapolable a la actividad empresarial semejante visión, tan certera y lograda, tan cargada de sentido humanista? También el buen empresario, como el buen político, debe concebir su acción como un servicio a la verdad, sirviendo a la comunidad y preocupándose por el bien del prójimo y guiándose siempre por criterios humanos. Esa preocupación honda y esencialmente humana de la que nos habla Havel es la que debe moverle también a él como dirigente del mundo económico.

La empresa tiene que estar animada por un aliento ético. En ella el liderazgo ha de tener una sólida base ética para que funcione como es debido y pueda ser aceptado con espontaneidad y sin reticencias, despertando adhesión firme e incluso entusiasta. Es ese liderazgo ético y humano lo que dará a la empresa una vida sana y vigorosa permitiéndole así cumplir su misión, no siempre fácil. Y en consonancia con este espíritu humanista, la entera actividad empresarial habrá de ir orientada a la afirmación de las cualidades intelectuales y morales del hombre.

Las dos fuerzas de la *humánitas*, la sabiduría y el amor, la inteligencia y la bondad, han de impregnar la cultura de la empresa, proyectándose a su visión y a su misión corporativas y dando vida a su sistema de valores. La empresa del mañana debe fundarse en unos valores compartidos que, al tener como elemento motor la doble potencia ígnea y luminosa de la humanidad, hagan realidad los ideales del humanismo integral. La visión de la empresa, aquella que anima a sus dirigentes, será el resultado de haber visto la importancia de los valores humanos. Y su misión no será otra cosa que una concreción de la misión iluminadora y benefactora, sembradora de luz y de bondad, que corresponde al ser humano.

Animada por esos dos pilares de lo humano, la empresa podrá cumplir perfectamente su misión y convertirse en aquello que está llamada a ser dentro de la vida social: lugar para la formación de personas y para la afirmación de lo personal; escuela para la educación y forja de dirigentes; baluarte de convivencia, de vida personal y comunitaria.

En cualquier nación occidental hay dos formas comunitarias, dos cuerpos intermedios o células de la vida social que son verdaderos núcleos de fuerza, de vitalidad y de estabilidad en una nación: la familia y la empresa. En momentos de crisis, cuando todo falla o se tambalea, cuando impera la incertidumbre o amenaza el caos, se alzan como refugio y como atalaya o fortaleza. Son refugio contra la inclemencia y la inseguridad y fortaleza desde la que iniciar el ataque, resorte para la recuperación y la regeneración. Y ambos organismos, la familia y la empresa, podrán desempeñar con éxito tan decisivo papel, en la medida en que están imbuidos del auténtico espíritu humanista.

Erradicar la inhumanidad

Hay que combatir cualquier manifestación de inhumanidad en la empresa. Lo inhumano y lo antihumano, que es también antipersonal o despersonalizador, debe ser evitado a toda costa. Si queremos que la vida de la empresa, y con ella la de los seres humanos que en ella participan, se desenvuelva y crezca de forma sana, hemos de erradicar cualquier situación, actitud o comportamiento inhumano. Hay que evitar las concepciones inhumanas (falsas y erróneas, que falsean la realidad del hombre), los métodos inhumanos, las conductas o las formas de actuación inhumanas (ínnobles, indignas, despreciables), los procedimientos poco respetuosos con la dignidad de la persona (que pudieran ser calificados de abusivos, explotadores o humillantes), el trato deshumanizado, la inhumanidad en la conducta y en el estilo de mando (así, por ejemplo, una manera de dirigir arbitraria, despótica o tiránica; la desconsideración o el maltrato a los subordinados). Nada de esto tiene cabida en el ámbito de una empresa bien articulada y orientada, con cultura humanista. Hay que procurar evitar asimismo situaciones inhumanas, tan lesivas y funestas, como la soledad, la incomunicación, el aislamiento o el arrinconamiento de los individuos.

La inhumanidad es una crueldad, una injusticia y una sinrazón para las cuales no puede haber sitio en la empresa bien orientada y organizada. Se trata, en suma, de un mal que a todos daña. Además de ser poco inteligente, de no ser nada racional ni razonable --es en el fondo un insulto a la razón y a la inteligencia--, está animada por el odio o el desamor, con lo cual apaga, asfixia y hace imposible la atmósfera cálida, acogedora y protectora, que debe reinar en toda comunidad humana.

La inhumanidad es siempre una derrota del espíritu de empresa. Cuando encontramos situaciones, actitudes o comportamientos inhumanos, en la empresa o en la vida, podemos estar seguros de que ahí ha fracasado la vocación empresarial, el ánimo emprendedor que nos incita a mejorar el mundo, a buscar en todo momento lo mejor y a transformar la realidad con un afán de enaltecimiento y ennoblecimiento de esa misma realidad, lo que significa hacerla más humana. Si la inhumanidad avanza en la empresa de nuestra vida o en la vida de nuestra empresa, es porque no hemos sabido actuar humanamente, de forma responsable, con sabiduría y amor; es porque no nos hemos esforzado lo suficiente por cumplir la misión que nos impone nuestra naturaleza humana.

El excesivo afán de lucro, la obsesión por el beneficio y la rentabilidad, el enfocar la atención exclusivamente en parámetros económicos, el no tener en cuenta sino factores cuantificables, la excesiva especialización, el no hablar más que de mercados y de opas, el preocuparnos sólo de métodos de producción y de venta, acabará conduciéndonos a un ambiente inhumano en el que será imposible la plasmación de los ideales del humanismo.

Es importante recordar todo esto, porque vivimos hoy en un mundo en el que, con las más diversas formas y bajo engañosos disfraces, y alentadas por el clima nihilista dominante, van ganando terreno las fuerzas y tendencias que tienen una marcada inclinación hacia la inhumanidad. Vemos a todas horas cómo se va deteriorando la imagen de la persona humana y cómo surgen corrientes contrarias a lo personal, que tratan de asfixiar la autonomía, intimidad y dignidad personales. Frente a este ambiente hostil a lo humano, en el que se pretende configurar un tipo de hombre más bien subhumano, sin principios, sin ideales y sin convicciones, sin fuste y sin moral, hay que recuperar la fuerza de la *humánitas*, con todo su potencial creador y liberador. Lo que es tanto como reivindicar la primacía y sacralidad de lo humano.

La empresa como comunidad: un lugar de encuentro y aprendizaje

La visión humanista hace de la empresa un lugar de encuentro y comunicación interpersonal. Un lugar en el que se encuentran el yo y el tú para configurar el “nosotros”, base de la acción social y, lo que se es aún más importante y se sitúa en un nivel superior, de la vivencia comunitaria. Se crea así un espacio de libertad y de convivencia, de paz y armonía, en el cual el ser humano encuentra el ambiente propicio para su desarrollo y se pueden conseguir mejor los objetivos del grupo (en este caso, de la unidad económica o productiva que es la empresa).

En la cultura humanista la empresa se configura como una realidad comunitaria. Una realidad viva y orgánica, articulada sobre dos conceptos fundamentales, que se condicionan recíprocamente: el de personalidad y el de comunidad. La personalidad necesita de una sana y vigorosa comunidad para afirmarse, de la misma forma que la comunidad no puede existir sino donde haya seres humanos que sean verdaderas personas, con fuerte personalidad, con una personalidad integrada y madura, base indispensable para una rica vida personal. En este nuevo horizonte despunta una visión corporativa, no meramente teórica y abstracta sino profundamente vivida, que promueve la participación en un proyecto al servicio del bien común, y en la cual lo humano y lo personal adquieren el más alto rango situándose en el primer plano de las preocupaciones de los dirigentes y de su política empresarial.

Gracias al aliento vital que en ella introduce la visión humanista, la empresa deja de ser una simple “sociedad anónima”, esto es, un informe conglomerado societario, unido exclusivamente por intereses materiales y egoístas, sumido en una atmósfera de anonimato subpersonal, para presentarse como una comunidad de personas, unidas por vínculos de amor, un amor iluminado a su vez por la luz de la verdad, lo que posibilita el entendimiento recíproco, la participación activa y el intercambio creador, potenciando así la personalidad de cuantos en esa comunidad se integran. Lejos de verse asfixiada y anulada por la masificación o por la tecnología, lejos de perderse en el anonimato gregario de la pura organización impersonal, lejos de verse reducida a ser un simple número o una pieza inerte de un inmenso engranaje, el individuo vive con plenitud su vida personal, que se ve reconocida y afirmada por el clima humano, cálido y luminoso, imperante en la empresa.

Es la *Arbeitsgemeinschaft* o “comunidad de trabajo” soñada por Lobgesang, Röpke o Krannhals. Aquí la palabra “comunidad” implica fundamentalmente dos cosas: 1) comunión de vida, de ideales y de valores, y 2) unión de personas que participan en una tarea común. El elemento clave es la idea de

comunidad, que significa “participación en lo común” y “trato familiar, comunicación de unas personas con otras” (según la definición del diccionario). Esta comunión, que alude a una solidaridad entrañable y profunda, a unos estrechos lazos de afecto, es lo que hace posible la unidad, la unión de esfuerzos y energías, la unión en lo que es común: tarea común, bien común, interés común, valores comunes (de ahí la palabra “comunión”, común-unión).

En este marco de inspiración humanista la empresa va transformándose, pues, en una comunidad que busca el bien de todos, que se siente responsable del crecimiento personal de todos y cada uno de sus integrantes, y que, además, es consciente de la repercusión de sus acciones en el conjunto de la sociedad. Una comunidad, en suma, inspirada y guiada por la idea de la responsabilidad social. Responsabilidad tanto hacia dentro como hacia fuera: hacia el interior de la empresa misma y hacia la sociedad en la cual la empresa se inserta y a la cual sabe que debe servir.

Además de lugar de encuentro, y precisamente por serlo, la empresa se configura también como centro de formación y educación; formación no sólo profesional, sino humana y personal. En ella se forman hombres y mujeres comprometidos con los principios del humanismo, portadores de los más altos valores humanos. Por las muchas personas, de la más diversa condición, que en ella confluyen, por las enseñanzas que en ella se reciben y por las relaciones que en ella se establecen, se convierte en lugar privilegiado para el aprendizaje de la vida. Es una escuela donde se aprende el amor al trabajo y al esfuerzo, la disciplina, el compañerismo, el civismo, el respeto mutuo, la responsabilidad, la rectitud y el rigor intelectual. En su seno el individuo aprende a dirigir y a dirigirse, viviendo la heroicidad de la obra bien hecha y el heroísmo del trabajo realizado con seriedad y profesionalidad.

Una formación integral: la cultura como cultivo del propio ser

El humanismo integral reclama una formación integral. La visión humanista ha de ir acompañada por una formación humanística. Para ser más exactos, es la formación humanística la que posibilita la eclosión de la auténtica visión humanista, delicada, amplia y profunda. Mi vida estará guiada por los criterios, principios e ideales del humanismo en la medida en que yo haya conseguido darme una sólida formación humanística, que es tanto como decir una formación integral; integral, porque es integradora y totalizadora y porque no deja nada fuera, ya que abarca al hombre en cuerpo, alma y espíritu. Sin esta formación integral, humanística, el humanismo no pasaría de ser un piadoso deseo o una etérea quimera.

Esto nos lleva a considerar la importancia de la cultura, en su significación más amplia y genuina. La visión humanista va inseparablemente ligada a la cultura, al cultivo del propio ser. No hay desarrollo pleno y equilibrado del ser humano sin la cultura, como no es posible tampoco sin ella la construcción de la vida personal. Para conseguir esa formación integral que exige la visión humanista hay que emprender una intensa y continua labor de culturización; una labor que nadie puede hacer por otro y que cada cual ha de llevar a cabo con energía y tesón, con inteligencia y con amor. Avanzaremos en la senda del auténtico humanismo según la intensidad y el entusiasmo que pongamos en tarea cultural, enriquecedora, renovadora y forjadora de nuestra personalidad. Como bien ha señalado insistentemente el profesor Enrique Rojas, la fórmula de la felicidad y de la plenitud humana se compone de tres elementos: amor, cultura y trabajo.

Para Franz Zach, la cultura consiste ante todo en un “ennoblecimiento del alma” (*Veredelung der Seele*), y este ennoblecer el alma se traduce en un despliegue completo y armónico de la propia humanidad. En el desarrollo pleno de la humanidad, de todo lo humano, consiste la esencia de la cultura, según Zach. “La verdadera y auténtica cultura es humanidad completa”, afirma el pensador alemán. La *volle Menschlichkeit*, la humanidad íntegra, plena y total, es la meta de toda actividad cultural. Convendrá apuntar que en los diccionarios alemanes la palabra *Humanität*, “humanidad”, suele ser presentada como sinónima de *echte Bildung* (“formación o cultura auténtica”) y *hohe Gesittung* (expresión que puede significar tanto “elevada cultura”, como “buena educación”, “alta moral”, o “alta urbanidad y civilidad”).

La incultura es una forma de inhumanidad, y por ello es contraria al humanismo. Donde hay incultura el humanismo está ausente. Sin cultura, el individuo se torna superficial, no puede madurar y

su vida será vacía, banal y trivial, quedando expuesta a múltiples peligros de orden psíquico, intelectual y moral. La vacuidad, la insignificancia, el hastío y el aburrimiento son la cosecha de la vida sin cultivar, abandonada a sí misma y entregada a la inercia. En muchos casos también la degradación o la sordidez, así como la disminución de la libertad, pues el individuo inculto es víctima de toda clase de manipulaciones, estando inerme ante el bombardeo propagandístico y la creciente ideologización que sufre la sociedad actual.

Y esto tiene una evidente aplicación a la vida de la empresa. La formación humanística, cultural, personal, de los hombres y mujeres de empresa es decisiva en este momento histórico de la humanidad que plantea retos de la mayor relevancia y que registra un alarmante avance de las corrientes nihilistas, las cuales, con su proyección antihumana y sus efectos destructivos, se hacen también notar en la vida empresarial. Que los dirigentes o directivos empresariales posean una buena cultura, que se hayan cultivado y estén bien formados, es capital para que éstos no sean máquinas de dirigir, sino líderes capaces de conducir el grupo humano al frente del cual se encuentran en estos momentos tan conflictivos, a veces incluso angustiosos o deprimentes. Cultivarse o culturizarse es, en la hora presente, una exigencia fundamental para cualquier dirigente, y por supuesto para el hombre de empresa que quiera estar a la altura de su misión. Pocas cosas contribuirán a consolidar su liderazgo tanto como la formación humanística

Un empresario inculto, sin desbastar o desasnar, embrutecido y adocenado, que no lee ni se forma, no es precisamente el ideal. Y no creo que nadie se atreviera a proponer como modelo a seguir, emular e imitar semejante espécimen, aunque, por desgracia, se dé con más frecuencia de lo que sería de desear. Y, desde luego, no es el arquetipo deseable para la visión humanista. Quien descuide su propia formación fallará en el desempeño de sus altas responsabilidades y estará siempre en peligro de rozar los límites de la inhumanidad. Ocioso es decir los efectos nocivos que esto tendría sobre la cultura o la filosofía de una empresa. Sería una desgracia que la cultura corporativa de una empresa fuera la incultura, o peor aún la anticultura.

La visión humanista nos incita a formarnos, a afinarnos y a pulirnos, a trabajar ante todo sobre nosotros mismos para mejorar nuestra calidad humana y personal, para desarrollar nuestras cualidades personales, para elevar y ennoblecer nuestra propia vida. El trabajo más importante es aquel que hay que llevar a cabo sobre el propio mundo íntimo. “Trabajarse y cultivarse sin cesar”: he aquí la consigna a seguir. Se trata de arar el terreno de nuestra propia persona para después sembrarlo con los valores de la *humánitas*, con la semilla del bien, la verdad y la belleza. Hemos de ajustar, depurar y perfeccionar continuamente nuestra manera de ser, de pensar, sentir y querer. Se impone, por tanto, una labor de educación permanente, de formación continua.

Al humanismo le interesa, ante todo y sobre todo, la interioridad del hombre, su realidad interna y más honda, su vida interior, que es donde radica la esencia de su humanidad. Y por eso en esa tarea de autocultivo, de trabajo sobre sí mismo, adquiere la mayor relevancia la cultura del propio interior, la cultura anímica y espiritual. Ahí está el secreto de la verdadera cultura personal. Cuando lo exterior adquiere primacía sobre lo interno, cuando la vida se torna superficial, estamos ya en camino de convertir al hombre en cosa y de caer en la incultura.

Es de lamentar, sin embargo, volviendo a la distinción que antes hacíamos entre cosas y personas como componentes de toda empresa, que en la formación de los directivos de empresa, y en general de todos los profesionales que trabajan en el mundo empresarial, se centra la atención casi exclusivamente en los aspectos puramente profesionales, técnicos, dirigidos al conocimiento y manejo de las cosas, mientras se descuida por completo, o se relega a un segundo o cuarto plano, lo que atañe a la formación personal, humana, cultural, del individuo.

Por lo general, se busca contar con expertos o buenos profesionales que sepan moverse con soltura y eficacia en un campo concreto y que sean capaces de sacar adelante el trabajo que se les encomienda, pero se olvida que esos profesionales han de dirigir a otros seres humanos y que, sin una buena formación personal, quizá no puedan llevar a cabo bien su función a largo plazo. Podrán quizá tener muy buena preparación financiera, contable, informática, legal o comercial, pero fallarán en las cuestiones más elementales del trato humano, así como en otros aspectos y otras áreas de actividad que requieran una mirada amplia y bien formada. Por sus deficiencias personales, por su inmadurez o su

incultura, pueden generar numerosos problemas humanos, creando acaso incluso conflictos graves y de difícil solución.

Habrá quien piense que la cultura o incultura de los empresarios y directivos no tiene demasiada repercusión en la marcha o la vida de la empresa. Pero esta es una opinión errónea, que se detiene en una mirada demasiado superficial. La experiencia de la vida nos demuestra que cosas que creíamos tienen muy poco o nada que ver unas con otras, se hallan entrelazadas por profundos y sutiles vínculos, difíciles de descubrir para una mente carente de preparación o para una sensibilidad no suficientemente afinada. Es lo que ocurre con la cultura. Sólo desde un alma bien cultivada, desde la altura que da una buena formación cultural, podemos percibir cuáles son los efectos positivos, múltiples y duraderos, que tiene la cultura en la vida humana en general, y en la vida de la empresa en particular. Y sólo desde esa perspectiva que proporciona la visión culta o cultivada seremos asimismo capaces de apreciar la repercusión negativa que causa la incultura en los más diversos campos de la vida, y por tanto también de la vida de la empresa y de sus dirigentes.

La cultura humanística reportará numerosos beneficios para el hombre o la mujer de empresa. Entre otras cosas, le ayudará a esclarecer su mirada, a ampliar su horizonte, a forjar su carácter, a ver los problemas y situaciones en una nueva dimensión. La cultura permite, por ejemplo, dar a cada cosa su justo valor, colocándola en el lugar que le corresponde dentro de la escala de valores. Mientras el inculto, por su falta de formación, tiende a infravalorar o sobrevalorar las cosas, lo que le sucede o lo que tiene ante sí, corriendo siempre el riesgo de exagerarlas o de no ver la importancia real que tienen, la persona culta y cultivada sabrá medir con exactitud y rigor su trascendencia, viendo si se trata o no de cosas realmente importantes.

El valor de las Humanidades

Hablar de cultura, de formación cultural y de cultivo de la propia persona significa hablar de las humanidades. Esto es, aquellas disciplinas y actividades culturales que van directamente referidas al ser humano, con vistas al conocimiento y enriquecimiento del mismo, y que suelen ser englobadas en la expresión “las letras y las artes”, frente a “las ciencias y las técnicas” (que van orientadas al conocimiento de la Naturaleza, así como al manejo de las cosas y de las fuerzas naturales).

Las humanidades, como su mismo nombre indica, van inseparablemente ligadas al humanismo, hasta el punto de que la palabra “humanismo”, en una de sus acepciones, significa justamente el cultivo de las humanidades. No hay humanismo sin humanidades, que son la piedra angular de la formación humanística. La decadencia y regresión de las humanidades es una de las causas del ambiente antihumanista en que está sumida actualmente la civilización occidental. Si hoy muchas cosas van mal, en la sociedad, en la política o en la economía, es debido, en gran parte, a la ausencia de las humanidades. En el abandono y desprecio de las humanidades está la raíz de la ola de vulgaridad y zafiedad que nos anega, de la pérdida de los valores que sufre nuestra sociedad, del embrutecimiento y la banalidad que se van extendiendo de forma alarmante en todas las capas de la población.

Hay que contrarrestar la actual tendencia al desprestigio y arrinconamiento de las humanidades si queremos construir una sociedad más humana. Urge recuperar ese minero de nobleza, de sabiduría y de grandeza humana hoy reducido al nivel de cenicienta en los planes universitarios y en la estima social en esta civilización tecnocrática obsesionada por la economía y la tecnología. Esas mismas humanidades que hoy cotizan a la baja y se batan en retirada en la enseñanza y en los planes de formación son las que nos han de abrir las puertas a la nueva cultura humanista, al nuevo mundo basado en el respeto a la persona y en la restauración de lo humano.

Las humanidades están llamadas a jugar un papel decisivo, no sólo en la formación del dirigente de empresa, sino también en la creación en su seno del ambiente comunitario de que antes hemos hablado, en la delimitación de su filosofía y de sus estrategias y en el desempeño de su responsabilidad corporativa. Para la renovación de la vida de la empresa es indispensable descubrir y reconocer el valor de estas valiosas palancas culturales que dan acceso al conocimiento profundo de lo humano y a la realización de la *humánitas* en su más rico contenido intelectual, ético y moral, anímico y espiritual.

Para evitar la cosificación del hombre, para que la sociedad actual encuentre una auténtica vía de libertad, de paz y de progreso, las *tecnicidades*, que hoy día adquieren tan enorme desarrollo --un desarrollo que, en ocasiones, resulta agobiante y asfixiante--, han de encontrar su contrapeso en el cultivo de las *humanidades*, pues, de lo contrario, se irá creando un ambiente inhumano en el que la persona y los valores personales irán retrocediendo, hasta el punto de quedar completamente relegados y anulados. El desarrollo tecnológico, por prodigiosos que sean sus avances, por muy útil y deseable que sea, no podrá jamás colmar las inquietudes y aspiraciones de los seres humanos, ni podrá jamás mejorar al hombre. Sólo el cultivo de las humanidades puede despertar en el hombre el amor al bien, a la verdad y a la belleza, que son las cosas que pueden llenarle y abrirle el camino de la felicidad.

En el patrimonio intelectual y moral del dirigente empresarial las humanidades han de ocupar un puesto relevante, y no alguna que otra, elegida al azar o de forma arbitraria, sino todas ellas: el arte, la historia, la filosofía (las obras de pensamiento), la literatura, la música, la poesía, y, por supuesto, la religión, la espiritualidad, la ética y la psicología (el conocimiento del alma humana), las ciencias del hombre en general. Aunque a primera vista pueda parecer que las humanidades no sirven para nada o sirven para muy poco, sobre todo para quien tiene como función dirigir una empresa, en una segunda vista, en una visión más profunda, se revelarán como un rico caudal de enseñanzas y de energías. Pocas cosas hay tan necesarias, tan útiles y beneficiosas para nuestra vida. Pocas habrá que nos sirvan tanto para nuestro desarrollo personal, y que lo hagan de forma tan continuada a largo del tiempo, tan permanente y tan decisiva. Y, por lo tanto, pocas cosas hay que resulten tan rentables y beneficiosas para la empresa, si la contemplamos con altura de miras.

Muchas veces aquello que parece no ser demasiado útil a corto plazo o desde una perspectiva muy estrecha y limitada, resulta ser lo realmente útil y provechoso a largo plazo o desde una alta y amplia perspectiva. Cuántas veces en la vida no hemos visto que algo que en principio nos parecía de poca importancia, se revela después de una enorme trascendencia, en nuestra formación humana y profesional. Como bien nos ha recordado a menudo el profesor Velarde, con su magistral saber en materia económica, todo influye en todo. No hay que descuidar los valiosos efectos de todo aquello que venga a contribuir a mejorar o enriquecer las cualidades humanas de los dirigentes, tanto políticos como sociales y empresariales.

Como parte que son de la cultura, entendida en su sentido más amplio y genuino, las humanidades abren para nosotros infinidad de caminos, nos descubren posibilidades y dimensiones de la existencia insospechadas, afinan nuestra capacidad de percepción, nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad. Amplían nuestro campo de visión y nos permiten ver cosas que de otro modo no veríamos. Nos hacen, en una palabra, más humanos, plena y profundamente humanos.

Las humanidades contienen un enorme poder humanizador. Son, valga la redundancia, un inagotable recipiente de humanidad, de *humánitas*, o, si se prefiere, de humanidades (valga la redundancia). Este plural, por cierto, es usado a veces, en algunos idiomas, para aludir a esa influencia humanizante o humanizadora a la que acabamos de aludir. En tal sentido usa Coleridge, el poeta romántico inglés, la expresión *the fair humanities of old religion*, “las hermosas y nobles humanidades de la antigua religión”. En este caso la voz *humanities*, “humanidades”, viene a ser sinónima de noblezas, delicadezas, dulzuras, riquezas, calidades o cualidades, queriéndose indicar que se trata de riquezas o delicadezas que arrancan del fondo de lo humano y que van dirigidas a la elevación y el ennoblecimiento del hombre.

Aunque hemos contrapuesto las humanidades y a las tecnicidades (el mundo de la técnica y de la tecnología en general), hay que puntualizar que dentro del campo de las humanidades ocupan lugar relevante ciertas técnicas, que van directamente referidas al hombre. Bastará recordar las técnicas de realización personal, que, a su vez, no son sino una aplicación de las ciencias humanas (dentro de estas técnicas cabe mencionar el Yoga, cuyo valor para lograr la unidad e integración de la persona es ya sobradamente conocido).

En Occidente han adquirido siempre un enorme desarrollo las técnicas dirigidas al dominio de la naturaleza, al manejo de las cosas. Esto nos ha llevado a ver sólo un aspecto de lo que la técnica es en sí, con una limitación de sus posibilidades. En otras culturas, en cambio, han adquirido especial desarrollo sobre todo las técnicas orientadas a la formación del ser humano, a su crecimiento interior y su desarrollo integral, al manejo y disciplina de su mente y de sus sentimientos. Véase, por ejemplo, las

artes o técnicas de la serenidad, de la paz y la armonía, que tanta importancia adquieren en China, la India o el Japón, y a las que Graf Dürckheim se ha referido extensamente, englobándolas en lo que ha llamado “la cultura de la calma”.

Un fenómeno preocupante del momento actual es la excesiva y creciente politización de la vida y del ambiente social, con sus secuelas de fanatismo, sectarismo, demagogia masiva, manipulación y deformación de la realidad, aumento de la crispación y de la discordia, violencia verbal e incluso física, expansión del odio y del rencor. No se habla más que de política, todo se ve desde el punto de vista político o politiquero, hasta las más recónditas parcelas de la vida se ven politizadas y sometidas a un proceso de ideologización que las adultera y pervierte. Se trata de un fenómeno que es consecuencia de la incultura, de la desculturización, de la orientación antihumanista hoy dominantes. Y me temo que tal epidemia se está contagiando también a la empresa, pudiendo afectar gravemente tanto a empleados y trabajadores como a empresarios y directivos.

Pues bien; las humanidades son un poderoso antídoto contra esta perniciosa plaga de nuestros días. Son una de las principales armas, la más eficaz, para combatir esa invasión de la política, entendida en su acepción más peyorativa; invasión que corremos el riesgo se produzca incluso en nuestra propia alma. Las humanidades nos protegen de esa politización extrema al crear en nosotros unas defensas culturales, morales y psicológicas que son la mejor protección contra esa peligrosa epidemia. Las humanidades, pues, están llamadas a contrarrestar los efectos nocivos que puedan tener no sólo las *tecnicidades*, sino también las *politicidades* o politiquerías. Esas politicidades que, como molestas y dañinas toxinas, nos agobian, nos afligen y aturden, y que no son sino una forma más de inhumanidad.

Conclusión

Al humanizar la empresa, al dar vida a una empresa construida a la medida del hombre, estamos realizando la más valiosa aportación al bien común, estamos cooperando a la construcción de un mundo mejor. Desde la empresa estamos construyendo la sociedad del mañana. Nuestro deber como empresarios, como mujeres y hombres de empresa, es contribuir al aumento de la cohesión social, haciendo posible una sociedad más libre, culta, próspera y estable. Y sólo desde una profunda y amplia visión humanista podremos llevar a cabo con éxito tan alto cometido del que depende el bien de la Humanidad. Este es el reto apasionante y sugestivo al que nos enfrentamos. Aquí radica también nuestra gran responsabilidad social en el momento histórico en que vivimos.